

ron rígidas reglas de observancia social y religiosa. Esta paradoja de un dinamismo expansivo que coexiste con la sujeción dentro del núcleo familiar o en un reducido ámbito social se reprodujo en la era del crecimiento industrial. En ambos momentos de conquistas materiales hubo simultáneamente un repliegue que tendía a aislar y a ensimismar culturalmente. La comunión con valores tradicionales ha buscado expeler a los extraños o alienar toda forma de conciencia disidente con respecto a los objetivos materiales más inmediatos.

Por todo esto hubiera sido necesario enfocar con más nitidez una historia social fundada en el análisis de grupos sociales concretos. La historia social no puede sustituirse con un inventario impresionista de las *costumbres* o de los *hábitos cotidianos*. Habría necesidad de identificar con precisión grupos de las elites (y de sus contrarios) en ciertos momentos históricos para explorar en ellos lo que Raymond Williams (el inglés) describe como *estructuras de sentimiento*. Hemos aprendido recientemente que la tradición no es una acumulación secular de actitudes y de creencias que impele a su aceptación inconsciente, sino que ella, como todo lo humano, se inventa.

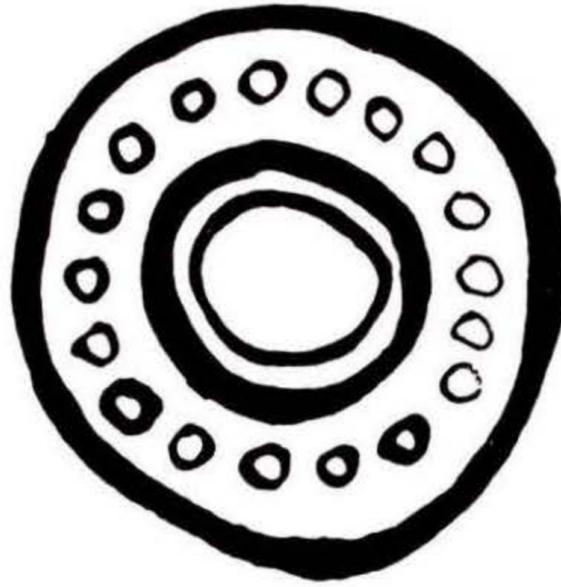
GERMÁN COLMENARES

Viaje en champán

Los bogas de Mompox

David Ernesto Peñas Galindo
Tercer Mundo, Bogotá, 1988

Se les encuentra en los cuadros típicos de comienzos del siglo XIX, con los remos en movimiento, rodeados del paisaje solitario y tranquilo de la ribera: son los bogas del río Magdalena. Verdaderos motores del transporte fluvial que antecedió por muchos años a la navegación en buques de vapor en Colombia, se les identifica generalmente con una época cuya



descripción quedó enriquecida por las numerosas observaciones escritas por los viajeros que se aventuraban en estos parajes. Su origen, sin embargo, se encuentra en la Colonia. La presencia de los bogas en el Magdalena se remonta a los años de los encomenderos, cuando el tributo de los indios se trasladó a la lucha contra la corriente del río en busca de Honda. En su ensayo, David Ernesto Peñas Galindo se propone recomponer las piezas de esta historia trazando la formación de una nueva raza: la historia del zambaje atada al destino de Mompox y, por supuesto, al del río Magdalena.

Peñas Galindo define de antemano los propósitos de su trabajo: se trata de "un juego de montaje", sin mayores pretensiones historiográficas. Según sus propias palabras, "surge gracias a los recientes estudios de María del Carmen Borrego Pla sobre Cartagena de Indias, y a la maravillosa recopilación documental sobre el río Magdalena que elaboró Anibal Noguera". En efecto, ambos trabajos constituyen, en esencia, sus fuentes documentales más sobresalientes.

El centro de sus observaciones en Mompox, centro comercial también de la Colombia colonial que extiende su importancia como tal hasta bien entrado el siglo XIX. Las investigaciones de Borrego Pla le sirven de fuente primordial en la primera parte de su ensayo: la fundación de Mompox por los cartageneros para contrarrestar las aspiraciones samarias, el comportamiento libérrimo de los encomenderos, la utilización de los indígenas en la boga y su extinción como consecuencia de una agotadora jor-

nada. Según Peñas Galindo, confluyen en Mompox todos los elementos de una sociedad sin ley: encomenderos que no obedecen, proliferación del contrabando, cohabitación libre entre esclavos negros e indígenas desamparadas. La aparición del zambaje ocurre en un período de transición que se esfuma en el salto temporal que sucede a la descripción de Mompox como capital del contrabando neogranadino. Peñas Galindo se limita a explicar cómo en Mompox se da una convergencia "de razas y culturas". ¿Y por qué el zambaje? Según Peñas Galindo, porque convenía a todos: "proveía a las indias de esposo y a los negros de cónyuge, y a los blancos les dejaba un sustancioso producto de mano de obra para ser utilizado en la boga". "Tosco, brutal, indolente, semisalvaje", son algunos de los adjetivos que se endilgaron entonces a los zambos, condenados a los últimos rincones de la escala social. Víctimas de la larga travesía por el río, sometidos a la voluntad del boga y a las penurias del clima, a los ojos de los viajeros civilizados, los zambos sólo podían estar en los confines de la barbarie.

La pesadilla comenzaba al momento mismo de contratar el champán, aquella larga embarcación dueña del transporte fluvial y que se distinguía por el rústico camarote ubicado en el centro, de techo redondo de palmeras y cañabrava. Y por la tripulación, compuesta casi exclusivamente de bogas. Había que pagar por anticipado al timonel, quien, a su turno, avanzaba las piastras a los posibles bogadores. La totalidad del riesgo era asumida por el viajero, quien eventualmente debía soportar con paciencia la *desaparición* de algún boga, y con el también la de su dinero. ¿Y la autoridad? Aparentemente no existía para tales efectos, como no parecía existir durante la travesía cuando se imponía la voluntad de los bogas: en el ritmo del viaje, en la prolongación de los descansos, en la misma finalización de la jornada no existía para el viajero certidumbre alguna en el cumplimiento de un supuesto compromiso.

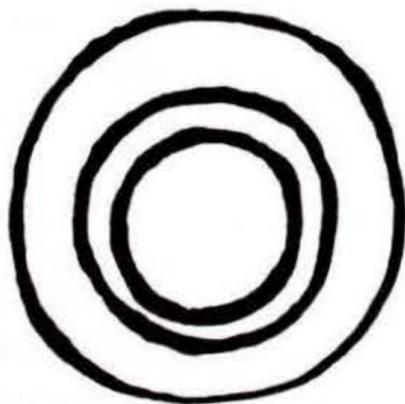
Las picaduras de mosquito parecen haber preocupado tanto a los via-

jeros como el comportamiento de los bogas, sus gritos y blasfemias. La malla contra los zancudos formaba parte indispensable de los pertrechos de viaje, al lado de los víveres, de la hamaca, de la escopeta y del aguardiente que con frecuencia servía para darles ánimo a los bogas. Las anécdotas abundan, y algunas veces se repiten, y son tan pintorescas que, en ocasiones, no parecen reales.

Pero lo son, aunque es difícil precisar si las circunstancias que rodearon la navegación por el río se mantuvieron inmodificables durante los tres siglos en que los zambos fueron, según Peñas Galindo, "los dueños" del Magdalena. Los relatos que trae a cuento —Samper, Parra, Le Moyne, Kastos, Humboldt, extractados todos del libro de Aníbal Noguera— se circunscriben a los finales del siglo XVIII y al siglo XIX. ¿Sería acaso que las reformas borbónicas, la independencia, la liberación de esclavos, las medidas liberales, o los sucesivos regímenes políticos que se inauguraron tras la república no tenían eco alguno en la vida del Magdalena?

Quizá. Aunque su respuesta no forma parte de los propósitos de su ensayo, este interrogante queda abierto, como muchos otros, tras la lectura del trabajo de Peñas Galindo, convertido sí en una introducción a la historia racial de la región momposina, cuya exquisita narración permite perdonar su pobreza de fuentes documentales.

EDUARDO POSADA CARBÓ



Historia Regional con antagonismo político... y todo

Estado Soberano del Cauca: federalismo y Regeneración

Alonso Valencia Llano

Banco de la República, Bogotá, 1988, 297 págs.

La historia se escribe casi siempre como "juicio de Dios". Es bien conocido el aforismo de Pascal según el cual los hombres en general, ante la incapacidad para hacer fuerte la justicia, han terminado por hacer justa la fuerza. Escribir la historia es, ciertamente, en la mayoría de los casos, un privilegio del vencedor. Los triunfos políticos y militares —y sobre todo estos últimos— se legitiman *ex post facto*. El vencedor aparece entonces como propietario de la razón, y la historia misma salva su coherencia. La historia política y constitucional colombiana no ha sido ajena a este modo autocomplaciente de mirar las cosas por parte de las tendencias que en determinada coyuntura obtuvieron victorias decisivas y, con ellas, el privilegio de contar el pasado y construir el futuro.

Después de la disolución del imperio colonial español, la idea de la construcción de un Estado-nación se había convertido, para los pueblos hispanoamericanos en general y para el neogranadino en particular, siguiendo el ejemplo de Europa y los Estados Unidos y bajo la égida del republicanismo, en imperativo histórico.

Después de casi un siglo de conflictos velados y explícitos en torno a la cuestión estatal-nacional, el movimiento de la Regeneración, política y militarmente victorioso, constituyó y afianzó, por fin, ese pequeño Leviatán criollo que fue el Estado unitario y central colombiano de 1886, e impuso con él su visión del pasado y su proyecto de futuro. La idea de una identidad estatal-nacional fue entonces retrotraída por el vencedor hasta los tiempos de la Independencia. Se pudo entonces decir que tanto el federalismo de la segunda

mitad del siglo XIX como el radicalismo liberal que lo sustentaba no habían sido sino una quimera de adolescentes impetuosos e irresponsables y, en el mejor de los casos, un grave y sangriento error refutado por la historia ulterior.

Hoy, cien años después de la fundación jurídico-institucional del Estado colombiano como Estado unitario, se ha vuelto un lugar común el reconocimiento de su desarrollo hipertrofiado. Una obesidad desmesurada lo condena al inmovilismo, y las regiones, rebajadas a la humilde condición de departamentos, se mueren de asfixia bajo su peso. Olvidado el peligro de la desintegración territorial bajo el imperio de los Estados regionales soberanos, y aun superado el trauma de la secesión de Panamá, empezamos a mirar, si no con nostalgia por lo menos con curiosidad de aprendices, hacia ese pasado largamente denigrado y estigmatizado de la república radical. Sentados bajo la lámpara del pasado, discutimos entonces sobre las posibilidades y el sentido de restaurar el equilibrio entre nación y región en la Colombia de hoy.

El libro que queremos comentar encuentra su legitimación en este nuevo espíritu de recuperación de la memoria regional. Su actualidad e importancia radican precisamente allí. Mucho se habla de historia regional, pero la crónica de las vicisitudes de los Estados regionales soberanos en el seno de la república federal está llena de páginas en blanco. Algo se ha dicho sobre regiones como Antioquia y Santander. El Gran Cauca sigue siendo, en cambio, a pesar de su importancia mayúscula para la historia del siglo XIX, un gran olvidado.

La obra está dividida en tres partes:

La primera y menos interesante es un intento de caracterización de la economía caucana entre 1863 y 1890. Casi exclusivamente con base en literatura secundaria del orden nacional, intenta el autor construir un marco económico para la contextualización de la historia política del Estado soberano del Cauca. Se trata, pues, de un rápido bosquejo del comportamiento de la economía de exportación regional, fundada en el cultivo y comercio del tabaco y la